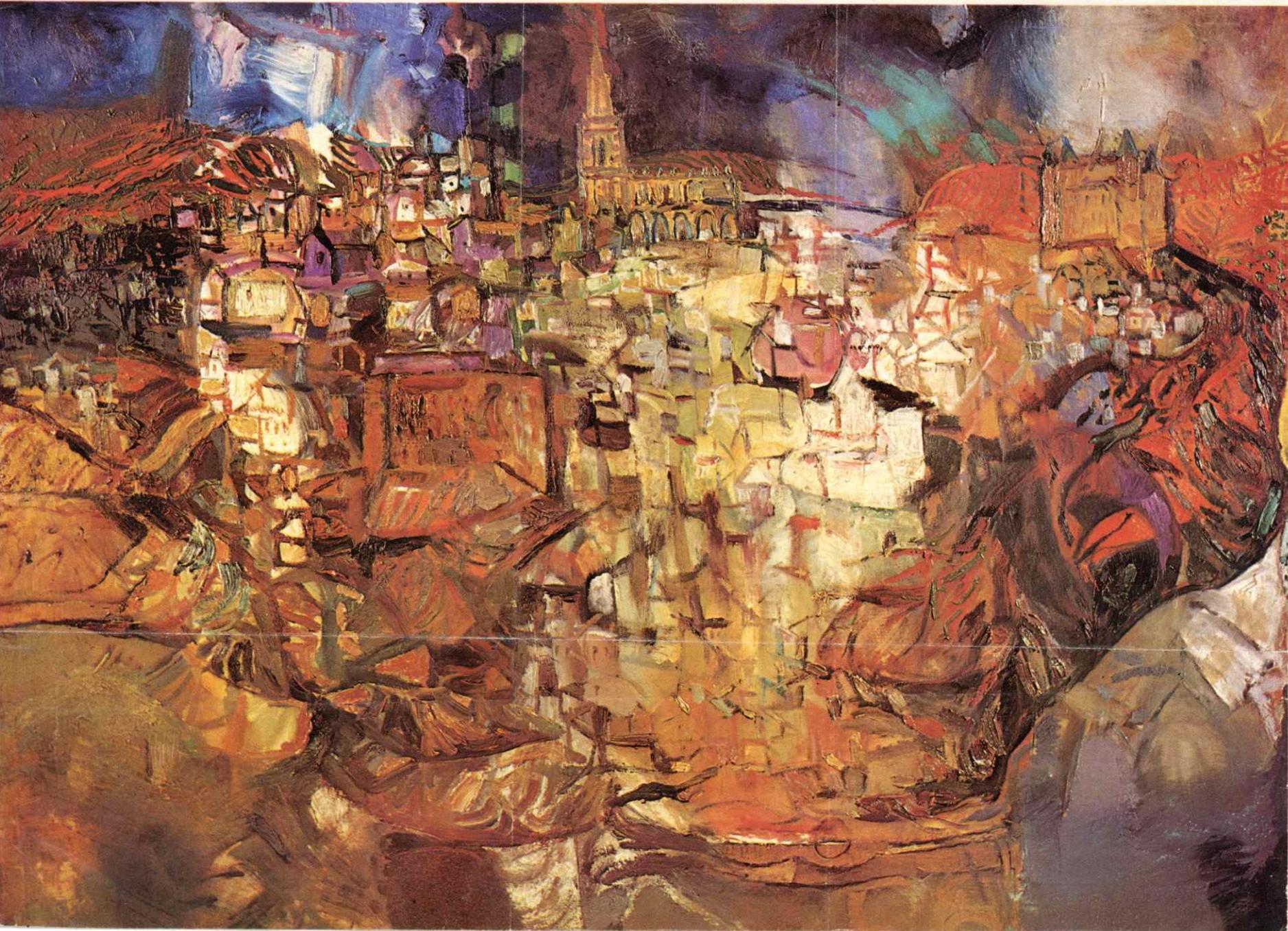
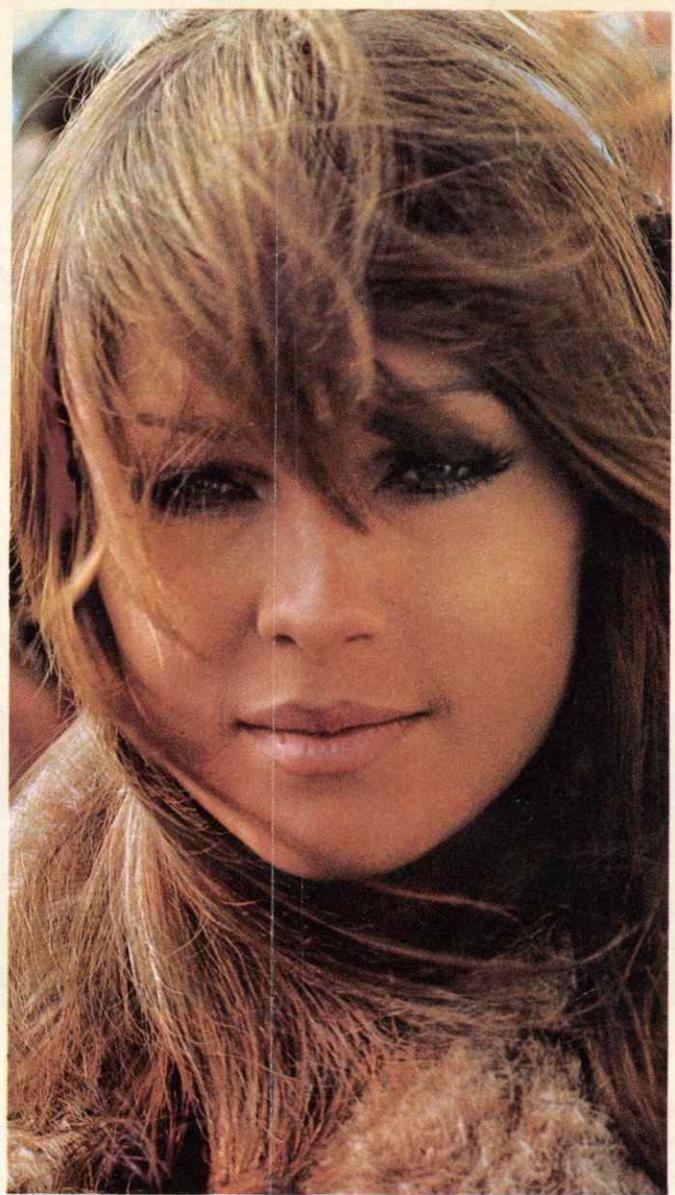


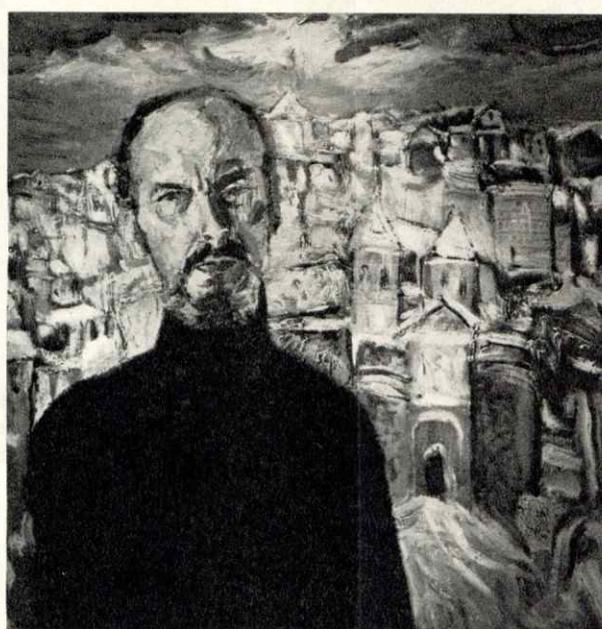
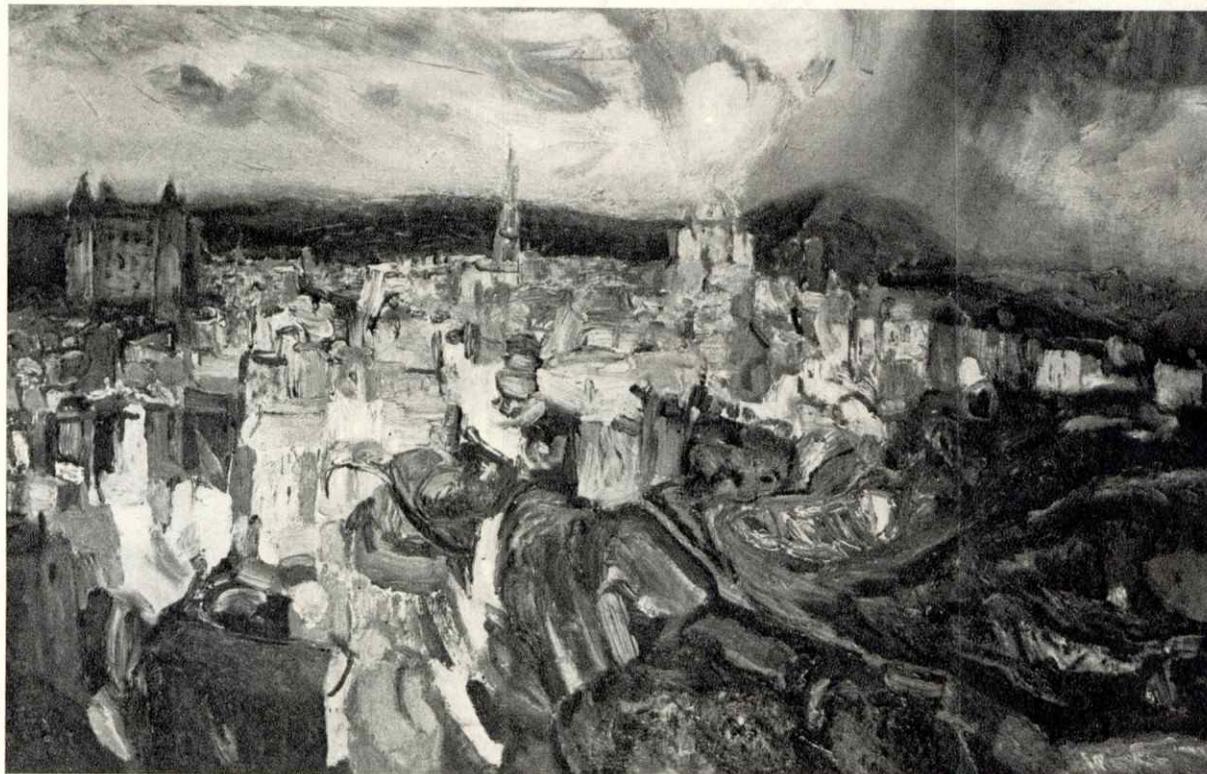
MUNDO HISPÁNICO

N.º 287 - FEBRERO 1972 - 25 Ptas.

LA REBAJA COMO LEY DE LA EPOCA, por José María Pemán • LA VIDA MOZARABE DE JUAN RUIZ, por Manuel Criado de Val • EL CAFE-TEATRO, por Alfredo Marquerie • COLON DESCUBRIO AMERICA DEL SUR EN 1494 • JAVIER CLAVO, PINTOR DE TOLEDO, por Marino Gómez Santos • MOMENTOS ESTELARES DE LAS «RIMAS» DE BECQUER, por Joaquín de Entrambasaguas • MALOLOS, DE FILIPINAS, por Luis Mariñas Otero • HITA DEL ARCIPRESTE.—GOYA EN TOKIO.—LOS MAYAS.



por Marino Gómez-Santos



JAVIER CLAVO, PINTOR DE TOLEDO

MUCHAS veces, al contemplar Toledo desde los cigarrales, nos hemos preguntado qué secreta atracción ha ejercido esta ciudad en el pensamiento de algunos hombres que al asomarse a ella un día, han quedado prendidos para siempre en su misterio. Al referirse al caso concreto del Greco, Marañón habla del «factor geográfico», indispensable para que el alma del cretense pudiera granar con plenitud. También él mismo, como Dominico Theotocópuli, vivió atraído por la ciudad del Tajo, donde escribió casi todos sus libros y «se serenó de sus tempestades».

Pues bien, ese imán de Toledo ha hecho vibrar a los espíritus más sensibles de varias generaciones, algunos de los cuales habían peregrinado con ansiedad por el ancho mundo, hasta que se remansaron a orillas del Tajo para manifestarse ya con su propia personalidad recién descubierta.

Javier Clavo, el eterno insatisfecho de sí mismo, ha partido desde Castilla hacia los cuatro puntos cardinales. Parecía que era

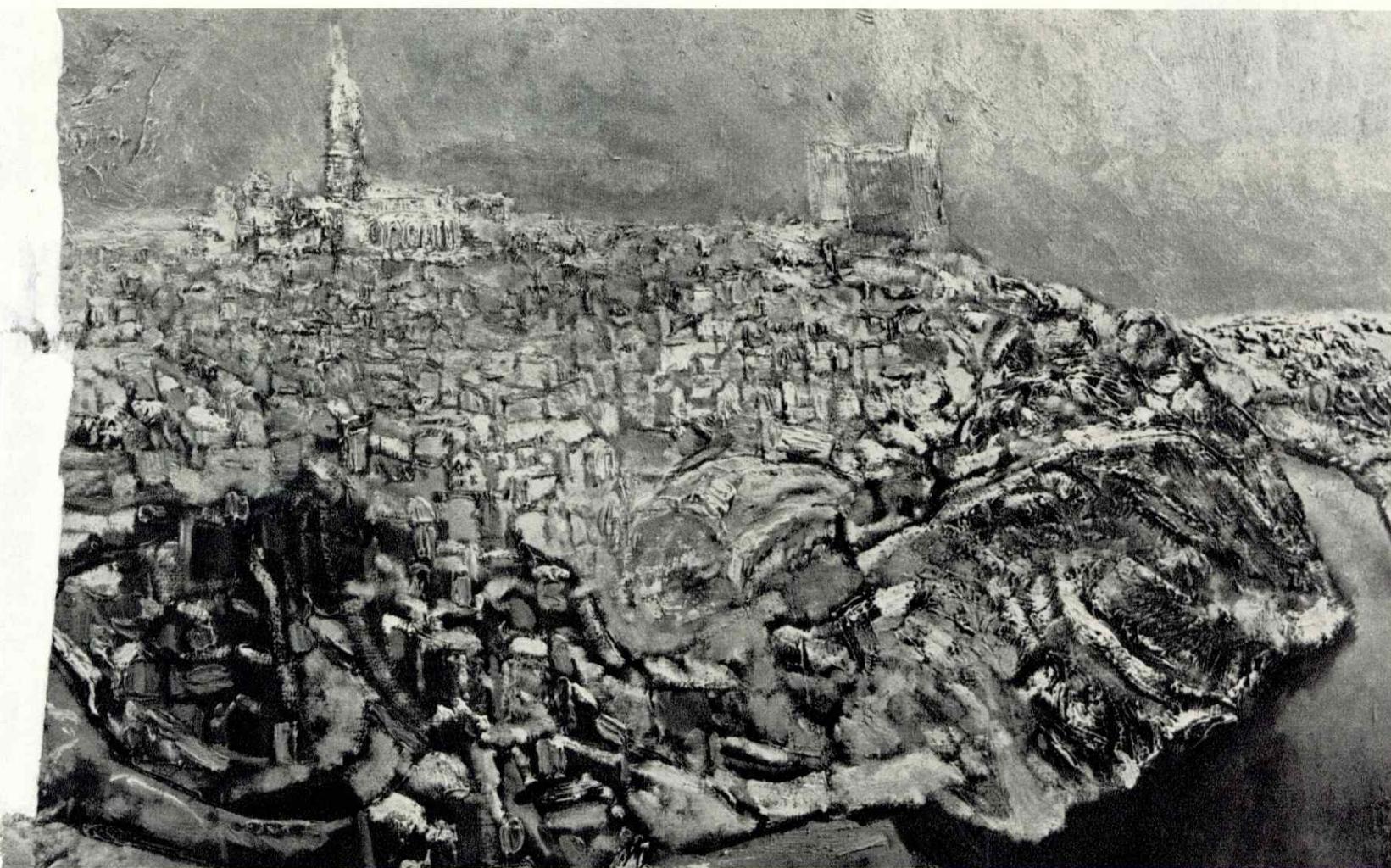
feliz en Italia, cuando pintaba en Venecia y en los pueblecitos cercanos a Roma; pero un día, como Theotocópuli, presintió Toledo desde el Mediterráneo y oyó la voz interior, como en los versos de León Felipe:

—No andes errante
y busca tu camino...

—Dejadme,
ya vendrá un viento fuerte que me lleve
[a mi sitio.

Y ese viento llevó a Javier Clavo a Toledo, que ha sido, durante varios años, «su sitio». Hubiera querido tener este gran pintor un estudio en Toledo. No para realizar copias panorámicas de la ciudad, lo cual no le ha interesado en ningún momento, sino para integrarse más cada vez en su ambiente.

Hasta ahora, le ha resultado fallido el intento de poder habitar un estudio en Toledo. Se ha limitado a ser un visitante apasionado y frecuente. Sentado en medio de sus tierras rojas y espesas, ha visto Javier Clavo ponerse el sol del verano, como la gran



apoteosis de la tarde; desde sus cerros, presenció una y otra vez el dramatismo de la tormenta que ilumina de rojo la arquitectura armónica de la ciudad; ha caminado bajo la nieve en medio del silencio casi total.

«La copia de Toledo no me ha interesado jamás, como creo que tampoco le interesaba al Greco. Nada hay menos parecido a Toledo que el Toledo pintado por Theotocópuli.»

Javier Clavo se ha sentado junto al Tajo para observar el pulso reposado de la ciudad, que ha interpretado con tonos marfileños y muchas veces, según expresión propia del pintor, «color de ajo».

«No he tratado de descubrir Toledo; pero Toledo me ha puesto en trance para que yo mismo descubra mi propia pintura. El Greco, en su juventud, no se formaba en la línea en que le hemos conocido, sino que no obstante su origen griego, trabajó influenciado por la escuela veneciana. Hasta que llega a Toledo, donde encuentra el diapasón para encontrar su pintura, liberado ya y a solas consigo mismo.»

Para Javier Clavo Toledo no es sólo aquello que se ve con los ojos, sino su ambiente, minuciosamente observado y sentido.

Pesa mucho la historia allí. Su esplendor material y cultural a través de seis civilizaciones superpuestas, «encrucijada inmortal de todas las culturas» y albergue de todas las religiones y «Roma de España». Pesa, asimismo, la sombra de la cultura judía, El Toledo árabe, su sentido oriental, su misticismo, su aire cosmopolita.

El cielo toledano es siempre sorprendente. Javier Clavo ha escrito al margen de uno de sus dibujos tomados desde los cigarrales, en un día tranquilo: «El cielo es de un solo color, como un gris casi blanco, como una cuartilla de papel teñida con un verde lejía que apenas se nota».

Pero, cuando hay nubes y viento, se forma como un remolino envolvente, a través del cual la ciudad se transforma como si se mirase con un prisma de cristal. En la colección de Javier Clavo hemos visto algunas interpretaciones hermosísimas de la ciu-

dad del Tajo azotada por esa especie de terral. ¿Y qué significa la presencia del Tajo en la interpretación subjetiva de Javier Clavo? La respuesta está muy clara en sus lienzos. Se advierte el amor con que el pintor se ha acercado hasta el cauce de ese río que lleva en sus aguas algo muy esencial de la cultura hispana. Por de pronto, se interesó, hasta apasionarse, por el mecanismo que movía en el siglo XVI, el artificio de Juanelo, ideado por aquel piomontés genial para la elevación de las aguas del Tajo.

La cinta de este río aísla la ciudad; la delimita como un cinturón. «Yo encuentro mi pintura en Toledo porque el Tajo es lo que me da el ritmo. En realidad, busco ritmos y formas, las cuales van unidas a colores y a tonos quebrados que voy poniendo en todo.»

El ritmo del río que envuelve Toledo, como el ritmo de la ciudad en su diversidad de elementos que la conforman y hasta ese aislamiento que a veces hace que aparezca aislada y silente, es lo que nutre de espiritualidad la pintura de Javier Clavo.



CLAVO,
PINTOR
DE TOLEDO

